

## CULTURA

## José Agustín Goytisolo deja la vida

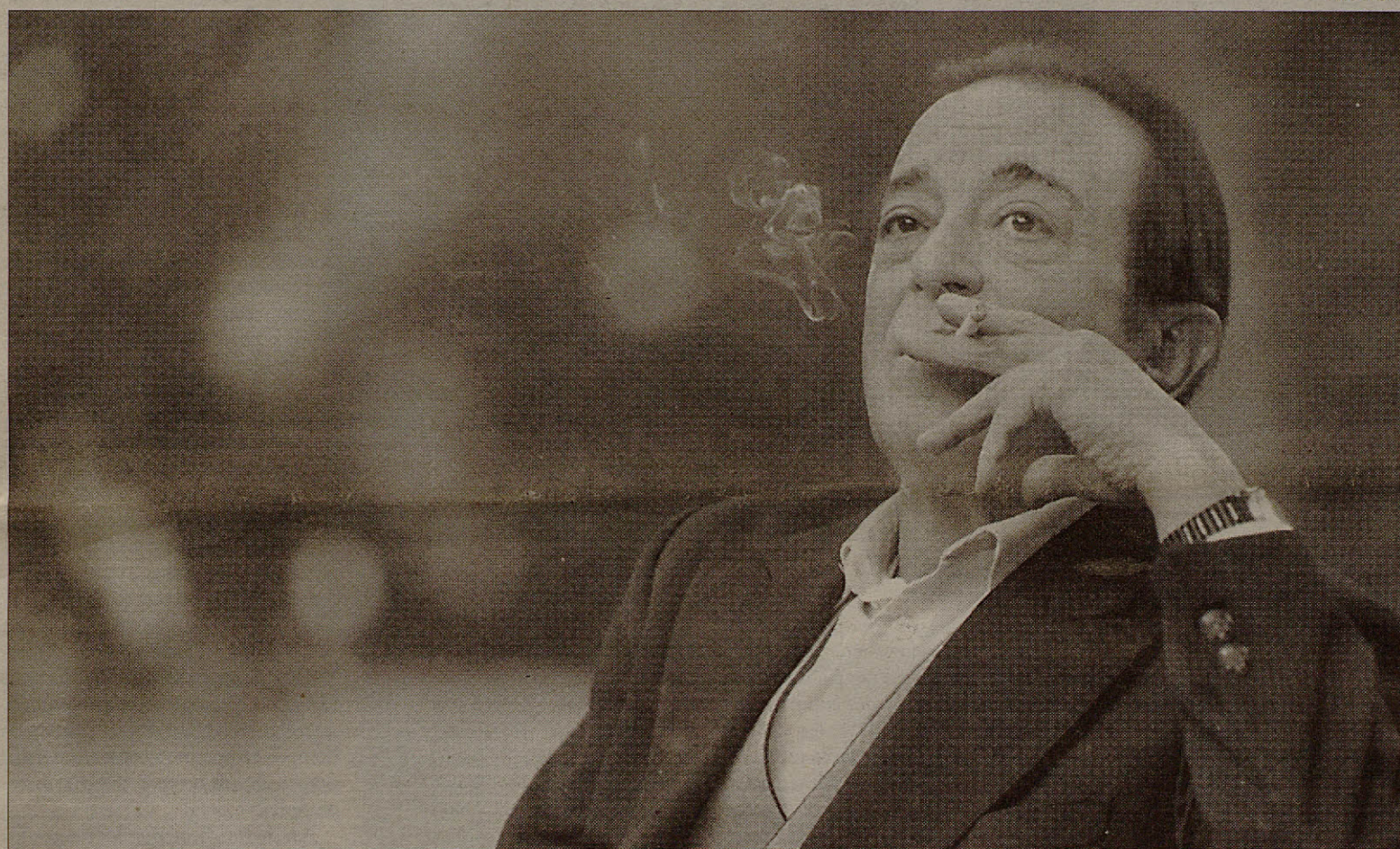
El poeta, de 70 años, se arrojó ayer desde la ventana de su casa en Barcelona tras varios meses de depresión

El escritor José Agustín Goytisolo murió ayer en Barcelona a los 70 años de edad, al arrojarle a la calle desde la ventana de su domicilio en la calle Mariano Cubí. Los hechos ocurrieron antes de las cuatro de la tarde, cuando el escritor se lan-

zó al vacío y falleció al poco tiempo. La muerte del mayor de los Goytisolo ha causado una profunda conmoción en el mundo de las letras, donde el escritor, uno de los mayores representantes de la poesía social, era querido tanto por su

talante humano como por su obra poética, en la que aunaba el compromiso histórico y el carácter renovador e intimista. «Si tuviera que volver a vivir todo que he vivido preferiría no volverlo a vivir», aseguró en su último cumpleaños.

Albert Ramis



La mirada de un hombre comprometido. José Agustín Goytisolo vivió marcado por las secuelas de la Guerra Civil

Redacción  
Barcelona

José Agustín Goytisolo padecía desde el pasado mes de noviembre una fuerte depresión, por lo que estaba siguiendo un tratamiento médico, según explicó ayer la escritora Neus Aguado, íntima amiga del fallecido. Aguado contó ayer que desconocía si Goytisolo intentó suicidarse anteriormente aunque en sus conversaciones con el escritor, ambos habían coincidido en que se puede pensar en el suicidio, «pero que si lo piensas dos segundos, no lo haces».

Los hechos ocurrieron poco antes de las cuatro de la tarde. Testigos presenciales vieron cómo José Agustín Goytisolo se arrojó desde la ventana de su vivienda. A causa del impacto sufrió numerosos traumatismos y una parada cardio-respiratoria que le provocó la muerte casi en el acto. Pablo Fuster, mecánico de un taller cercano reconoció enseguida el cuerpo tendido y llamó a los servicios médicos, que nada pudieron hacer cuan-

do llegaron. «Nos conocíamos de siempre -dijo ayer Fuster-. Muchas veces habíamos arreglado el mundo en mi despacho del taller», afirmó. Los restos mortales fueron trasladados al Hospital Clínico de Barcelona, sede del Instituto Anatómico Forense, donde hoy se le practicará la autopsia.

#### Un escéptico

El poeta, el mayor de los hermanos Goytisolo -todos ellos escritores-, cumplió 70 años el pasado 15 de junio y celebró una fiesta en la que, según algunos de los asistentes, recordó con mucha emoción a Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral, dos de sus más íntimos amigos ya fallecidos. Su hermano, el escritor Juan Goytisolo no quiso hacer ningún comentario desde su casa de Marrakech, en Marruecos. «No quiero compartir este sentimiento con nadie», dijo en declaraciones a Efe.

Otra de las personas que conocía en profundidad al escritor era su amigo, el poeta José Manuel Caba-

llero Bonald, quien admitió ayer que no sabía qué había podido conducir a Goytisolo a un desenlace que calificó de «atroz». Caballero Bonald dijo que «ha muerto un amigo querido y un notable poeta», con quien compartió numerosas experiencias. «Hemos vivido y hemos bebido juntos por muchos sitios del mundo y creo que José Agustín aportó a la poesía española una nueva forma de enfocar la crítica de la vida a través de la ironía». El escritor charló hace poco tiempo con Goytisolo y lamentó que «su tendencia depresiva» haya desembocado en «este terrible episodio».

Durante la cena de celebración de su setenta aniversario junto a un centenar de amigos en el Casal de Sarrià aseguró que «si tuviera que volver a vivir todo lo que he vivido preferiría no volverlo a vivir». En aquel momento Goytisolo recordó que había pasado «momentos muy duros, muy feos» y por eso era un hombre «muy escéptico, agnóstico de todo lo que sean ideologías, reli-

giones».

En los últimos años, Goytisolo explicaba que escribía «cuando estoy contento de lo que hago». Publicaba en «El Periódico de Catalunya», ofreciendo una visión progresista y de izquierdas, y en alguna revista extranjera. También compaginó durante años su faceta de traductor con las conferencias en universidades.

#### El estilo que late

«¿Quién iba a esperar que su vitalidad iba a desembocar de esta manera?», se preguntaba ayer el poeta Claudio Rodríguez. Amigo de Goytisolo, Rodríguez señaló que «todo el vivir humano late» en el estilo personal de su obra, «una de las más valiosas de mi generación».

En la biografía del autor de «Palabras para Julia», un poema que hizo popular su amigo Paco Ibáñez y que se convirtió casi en un himno generacional en los setenta, pesó demasiado la secuela de la Guerra Civil y la muerte de su madre en un bombardeo en plena contienda.

#### UN HUÉRFANO DE CARIÑO

En estos momentos me resulta muy difícil hablar objetivamente del poeta José Agustín Goytisolo porque se me sobrepone la figura del amigo. Lo conocí y lo traté asiduamente a raíz de una tesis doctoral sobre la escuela de Barcelona que estaba haciendo Carmen Riera. En la lectura de esta tesis estuvieron presentes Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral y el propio José Agustín Goytisolo, quienes evocaron la trayectoria del grupo y su preocupación fundamental: lograr que la voluntad de compromiso de la escritura con la realidad social de España se concretara ante todo en el compromiso con el arte, con la poesía. Y eso ha estado siempre en la base de toda la obra de José Agustín Goytisolo. Y se manifestaba por ejemplo en el cultivo de muy diversas formas métricas, de experimentaciones continuas que fueron haciendo progresar su obra.

En su poesía se van entrelazando elementos coloquiales transportados a clave estética y una gran cantidad de elementos de la tradición literaria de todos los tiempos. No sólo de la española, porque el conocía muy bien la literatura europea e incluso la literatura clásica-latina.

Fue siempre un hombre atormentado por las heridas de la guerra civil, por la pérdida de su madre, que murió en uno de los bombardeos de Barcelona, y era, en definitiva, un huérfano de cariño. En el grupo poético de los años 50, él desempeñó siempre una función de gran coordinador de amistad; era por tanto un poeta muy estimado por su arte y muy querido por su gran humanidad.

Víctor GARCÍA  
DE LA CONCHA

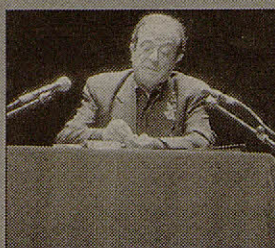
De la Real Academia Española



### ■ TRES HERMANOS

José Agustín Goytisolo  
Gay nació en Barcelona el  
13 de abril de 1928. Hijo  
de una familia con raíces  
vascas y cubana. Es el  
mayor de tres hermanos

escritores. Se licenció en  
Derecho y logró el título  
de profesor Mercantil, pe-  
ro nunca ejerció ninguna  
de estas dos carreras por-  
que desde muy pronto se  
dedicó a la poesía.



### ■ «EL RETORNO»

Su bibliografía se inicia con el  
«El Retorno» (1955) una ele-  
gía a su madre que murió en  
la guerra civil, durante un  
bombardeo en Barcelona. En  
ese año se le concede el ac-

cesit al premio Adonís. A  
partir de entonces publica  
«Salmos al viento» (1957),  
«Claridad» (1960), «Años de-  
cisivos» (1961), «Bajo toleran-  
cia» (1974) y «Del tiempo y el  
olvido» (1975).

## DESVALIDA TERNURA

No hace aún tres semanas  
que reseñé, en estas mis-  
mas páginas, la recién  
aparecida antología de José Agus-  
tín Goytisolo, y contaba con que  
seguirían llegando a mi mesa sus  
libros de poemas, con el mensa-  
je de su inteligencia, que la edad  
había agudizado, y el de su maes-  
tría en el uso de la palabra, cada  
vez más acertada y precisa a me-  
dida que el paso del tiempo iba  
dándole la intuición de los trazos  
mínimos con los que se captura  
un rostro, un deseo o un pensa-  
miento, firme en una voz que  
desdénaba tanto los ecos ajenos  
como los propios. En aquel artí-  
culo aún reciente evocaba las cua-  
tro ocasiones en que recordaba  
haberme encontrado con él, y por  
necesidades de espacio tuve que  
suprimir la frase en que confesa-  
ba lamentar no habernos reunido  
más a menudo, y haber disfruta-  
do de la verdad y la bondad que  
emanaban de su persona.

José Agustín era un ser desva-  
lido y tierno, que se recubría de  
un caparazón de hosquedad sar-  
cástica y fingía estar de vuelta de  
todas las ilusiones y las esperan-  
zas, a las que solía calificar de  
puerilidades burguesas y de fic-  
ciones recibidas, como tantas otras  
mentiras piadosas, en la escuela  
de esa educación conservadora  
que no resiste el análisis de la ra-  
zón ni el contraste con la experi-  
encia. Pero su obra, para quien  
supiera leerla, mantenía el rescol-  
do de una ternura inmensa sin ob-  
jeto en el que volcarse, de una ge-  
nerosidad ilimitada, de un desdén  
absoluto por las convenciones o  
los prejuicios que separan a las  
personas, de una comprensión to-  
tal de todas las conductas y todos  
los gestos con los que los seres  
humanos exteriorizan su soledad  
y su petición de auxilio. Se con-  
figuró a sí mismo en esos térmi-  
nos en sus mejores poemas, los  
últimos, en los que nos hablaba  
del amor y de la amenaza y espe-  
ra de la muerte. En ellos supo dar  
lo mejor del intimismo que había  
ido recorriendo su obra, incluso  
en aquellos libros que pretendían  
ser denuncias realistas y objetivas  
de las lacras políticas y sociales.  
En su última época renunció a  
puntuar sus textos, confiando en  
que de ellos se desprenderían,  
cuando conviniera, la pausa y el  
matiz. Aun así, les ponía siempre  
el punto final, que ahora ha dado  
fin a una vida que merecía seguir  
escribiéndose.

Guillermo CARNERO

El «Retorno» es el primer  
libro que leí de José Agus-  
tín Goytisolo una emocio-  
nada elegía a la memoria de su  
madre muerta a consecuencia de  
un bombardeo en Barcelona du-  
rante la guerra civil, pero no le  
leí como libro independiente si-  
no dentro de un conjunto de su  
poesía que se publicó en 1961  
con el título de «años decisivos».  
En esta edición se reunía tam-  
bién dos libros posteriores que  
yo desconocía «Salmos al viento»  
y «Claridad».

Guardo un recuerdo especial  
de «Claridad» porque su escri-  
tura, dentro de aquel magma lla-  
mado «poesía social», me sorpre-  
ndió. En medio de los  
poemas inacabables y retóricos  
del peor Neruda o de Gabriel  
Celaya con tantas buenas inten-  
ciones como escasos resultados  
artísticos, al menos «Claridad»  
era un libro conciso y preciso (a  
veces un poco obvio) pero que  
se desmarcaba bastante de aque-  
lla corriente, de aquel torrente  
verbal.

En 1961, al poco de la publi-  
cación de «Años decisivos» conocí  
a José Agustín en un breve encuentro  
en la remota feria del libro de Ma-  
drid. Tardaría muchos años en vol-  
ver a verlo, pero seguiría teniendo  
un vínculo con él, ya no tanto con su  
poesía como con sus traducciones  
poéticas.

Dentro de ese capítulo de traduc-  
ciones hay tres libros que cada cual  
en su momento fueron enormemen-  
te significativos para mí. El prime-  
ro, una antología de Salvatore Qua-  
simodo, entonces recién galardonado  
con el Premio Nobel de Literatura.  
Allí y posteriormente en la lectura,

ya en italiano, de Quasimodo y algo  
más tarde en un encuentro con el po-  
eta, entendí que de alguna forma esa  
sencillez, esa desnudez expresiva del  
libro de Goytisolo tenía una deuda  
nunca desmentida con la creación  
del gran poeta italiano. Otro impor-  
tante acercamiento a la poesía y que  
ayudó mucho a aumentar mi interés  
por la poesía italiana fue la traduc-  
ción de una antología poética de Ce-  
sare Pavese que se editó en bilingüe  
en 1971 y que simboliza mi prime-  
ra visión de la poesía de Pavese, un  
escritor fundamental para mí y al que  
conocía únicamente como gran po-

eta. Reconozco con agradecimien-  
to que mi pasión por la poesía italia-  
na le debe mucho a aquellas magní-  
ficas traducciones de Goytisolo y que  
gracias a ella comenzó mi largo acer-  
camiento a esa lengua y a ese mun-  
do poético.

Otra deuda de gratitud con el José  
Agustín Goytisolo poeta y traductor  
me lleva a otra lengua distinta y a  
otro espacio literario. En 1968 se pu-  
blicó su excelente «Antología de po-  
etas catalanes contemporáneos» y  
que por aquel tiempo y dado mi des-  
conocimiento de la lengua catalana  
y de sus poetas fue una auténtica re-

velación. Allí leí entre otros a  
Gabriel Ferrater y, sobre todo,  
allí descubrí a un poeta que con  
los años sería decisivo en mi vi-  
sión de la poesía, me refiero a  
Joan Vinyoli.

Recuerdo muy bien como en  
una tarde de la primavera de  
1983 -cuando ya había leído to-  
da su poesía en catalán- expli-  
qué a Vinyoli donde había co-  
menzado mi interés por su obra.  
También, que dos años antes la  
magnífica antología «Cuarenta  
poemas de Vinyoli» selecciona-  
da y traducida por Goytisolo me  
había abierto todavía más las  
puertas de su mundo poético.  
Podría repetir las palabras ge-  
nerosas y llenas de gratitud con  
las que Vinyoli se refirió a esa  
antología.

Curiosamente en Barcelona,  
donde he vivido años y a donde  
voy con frecuencia, a penas  
coincidí con José Agustín. Tuve  
una relación larga y tormentosa  
con Jaime Gil de Biedma y una  
más amable con Carlos Barral,  
aunque a Carlos lo asocio más  
con Madrid o con Roma, pero a  
José Agustín apenas lo traté. La última  
vez que nos encontramos fue en un  
festival de poesía en 1986. Sí seguí  
leyendo algunos de sus libros, donde  
aquella sobriedad de sus primeros  
tiempos se continuaba manteniendo  
dentro de un mundo poético más  
complejo.

Ahora me dicen que José Agustín  
Goytisolo ha muerto y yo escribo es-  
tas apresuradas líneas mientras re-  
cuerdo un verso de Pavese que él tra-  
dujo: «Para todos tiene la muerte una  
mirada».

Juan Luis PANERO

La voz y la palabra. Con Paco Ibáñez volvió a cantar «Palabras para Julia»



## TENÍA QUE HABER ESCRITO ANTES

Tenía que haberte escrito esta  
carta antes, ahora la podrá  
leer tu mujer y tu hija, de quie-  
nes me hablaste nada más conocerte.  
Antes que de poesía tú me hablaste  
de las personas que querías, de tu  
amor. Dirijo estas palabras también a  
tus hermanos, a Luis y Juan, a los de  
tu sangre. Y a todos los que te han  
querido leyéndote y oyéndote, a tus  
amigos, a tus compañeros de genera-  
ción, a tu ciudad, a los jóvenes que te  
siguieron y a las mujeres y hombres  
que vieron en ti a la buena persona  
que has sido, al amor que has sido y  
eres entre nosotros. Quizás haya gran-  
des poetas entre la gente tranquila y  
ordenada de este mundo, quizás no es

necesario vivir desesperado, al lími-  
te de la realidad, de la conciencia, per-  
dido en un gesto amable de una mu-  
jer que habla, abandonado a la  
emoción de alguien que te escucha,  
desperdigado entre la multitud y en-  
tregado a la soledad de todos, necesi-  
tado de que la vida cada día te depa-  
re una ilusión con la que poder  
celebrarla. Quizás no es necesario  
romperse cada día en mil pedazos pa-  
ra poder ser uno, para ser todos, para  
ser tú. Pero de una cosa estoy segura.  
Si tú, José Agustín, pudieras oírme,  
con tu ternura infinita, tu humor y tu  
galantería de señor de Barcelona, me  
echarías la mano al hombro y me di-  
rías: «Niña, no te tomes ese trabajo,

ya lo hago yo». Le gustaba reírse, llo-  
rar, vivir. Y creo que fue un poeta y de  
los grandes por sacarnos de encima a  
los demás el trabajo de ser hombres,  
por bondad, por cortesía. Era capaz  
de vivir como un joven desesperado,  
con toda su inteligencia intacta a cues-  
tas, con su lucidez inmaculada. Los  
años no pasaban por tí, eso también te  
gustaría oírlo, y es verdad. Coqueto y  
querido, tu alma no tenía que huir de  
la muerte. Simplemente no podías de-  
jar de estar guapo, de estar vivo. Y ver-  
güenza te tendría que dar, tú, señor de  
Barcelona, qué van a decir, bajando  
escaleras en coche por el Escorial, co-  
mo en una película americana, y ha-  
blando de poesía dentro de un AX con

un poeta cualquiera, así nos conoci-  
mos, querido José Agustín. Tú esta-  
bas preocupado por lo que me pudie-  
ra pasar. La última vez que nos vimos,  
en Oviedo en el homenaje a Ángel  
González recuerdo tu gratitud y tu  
emoción en aquel acto. «Estoy muy  
contento de que pasen estas cosas»,  
dijiste, «Ángel es de los grandes». Yo  
aquel día debí prometerte algo que  
nunca cumplí. Yo no soy como tú. Y  
tú escribiendo cartas como un adoles-  
cente cualquiera. Ahora, tarde, mal y  
arrastrado, agradecida y emocionada, te  
contesto: pocos son como tú, pocos  
son de los grandes, José Agustín.

Luisa CASTRO



# ■ ANTOLOGÍA PERSONAL

En 1980 publica «Los pasos del cazador» (1980), un libro de poemas en el que ofrece su propia filosofía. A éste le sigue «A veces gran amor» (1981), «Sobre las circuns-

tancia» (1982), «Final de un adiós» (1985) y «El rey mendigo» (1988). Recientemente se publicó «Antología personal» (1998). Su última edición fue la «Antología poética» (1999).



# ■ «PALABRAS PARA JULIA»

En 1993 fue galardonado con el Premio de la Crítica de poesía por «La noche es propicia», compuesto de 40 poemas dedicados a la memoria de Pedro Salinas. En 1994

inició una serie de recitales junto al cantante Paco Ibáñez, bajo el título «La voz y la palabra. Goytisolo es el autor del poema «Palabras para Julia», dedicado a su hija y que también cantó Paco Ibáñez.

## ESTRATEGIAS PARA NO OLVIDAR NUNCA

GoyP/2236

## LA MUERTE DE UN AMIGO

GoyP/2237

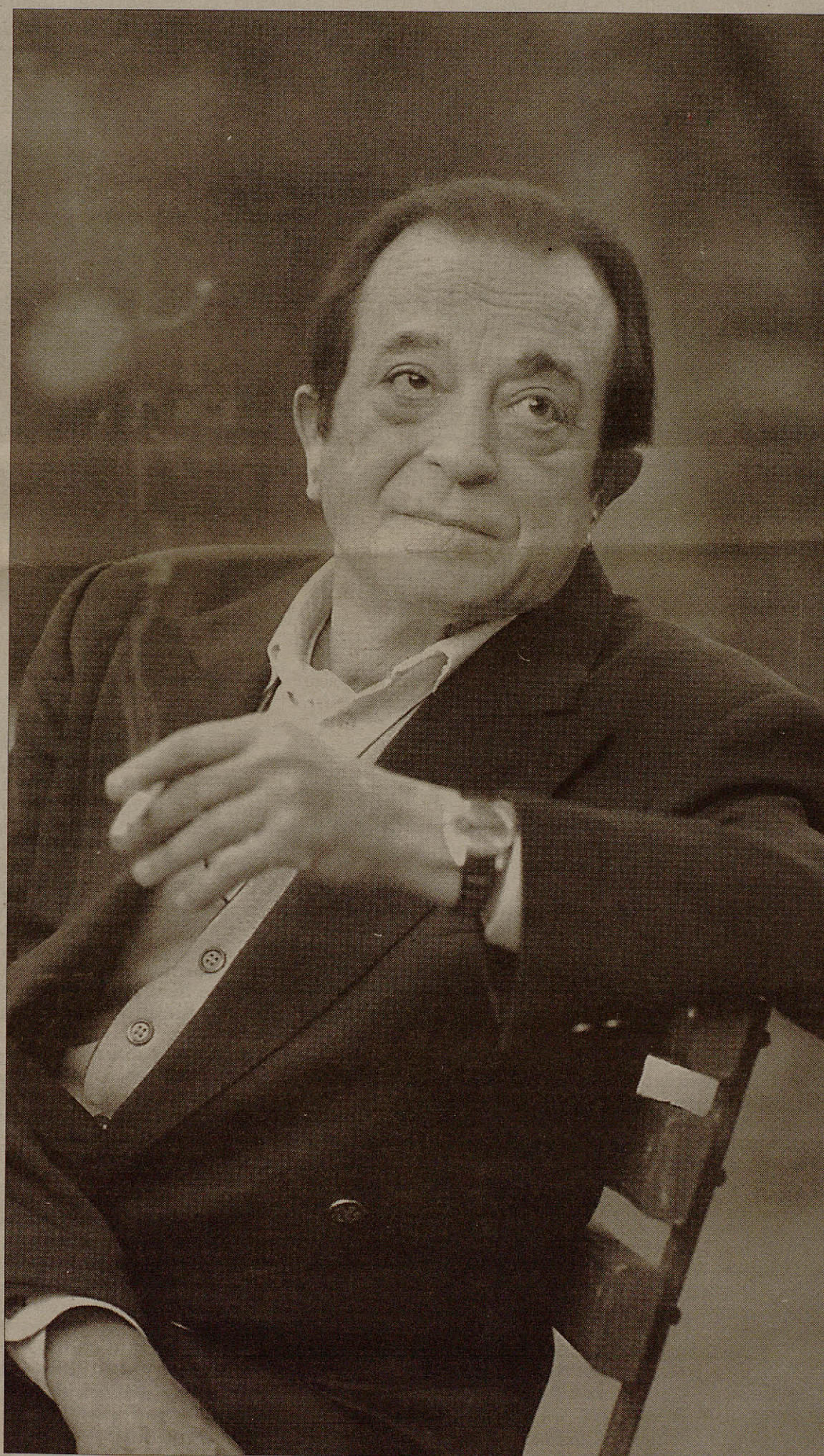
Fue el primer poeta de su generación que convirtió la ironía en estrategia para capear el temporal de la censura y que la elevó a forma y modo de dicción: a tono, a perspectiva. Ángel González, José Ángel Valente y Jaime Gil de Biedma perfeccionaron el camino que él abrió y que fue uno de los primeros rasgos distintivos del Cincuenta. Amplió los registros de la canción y de la copla, del verso de arte menor y del romance y, en los años setenta dio un giro hacia una poética de un nuevo concepto del espacio.

«Taller de arquitectura» es un texto ejemplar de este cambio, como su crítica de «los poetas celestiales» fue el poema-insignia de su primera creación. Jordi Villaronga analizó con precisión y profundidad las claves de su obra, sus fases, sus etapas en un libro que es el mejor modo de acceder a su escritura y de entender todo cuanto late en ella y en él.

Su aptitud para la parodia y su facilidad para crear un clima íntimo y entrañable a la vez hicieron de él un poeta tan tierno como versátil, capaz de conjugar la geografía del poema político con los resortes del poema amoroso y, ambos, con las complejas referencias del poema satírico o las más difíciles del poema moral.

Ahora que su muerte nos separa quiero recordarle en dos momentos: en un avión, en vuelo hacia Valencia, en el que me dio una lección magistral sobre el eneasílabo desde Rubén a José Hierro; y, en una lectura al alimón en Murcia, en la que José Agustín dio la vuelta al ruedo de todo el alfabeto de su voz -aquella voz pastosa, de tabaco más profundo que lento, en la que las vocales se alargaban no por su cantidad sino por su emoción. José Agustín Goytisolo deja tras de sí una abundante colección de anécdotas, reales e inventadas, de amores verdaderos y ficticios, de obra escrita y poemas atribuidos y supuestos que le aseguran un lugar en la literatura y un puesto de honor en su generación.

Pero a mí me gustaría en estos momentos destacar hoy al poeta honrado y sincero que nunca mendigó homenajes ni reconocimientos y que sólo pidió a la vida la preciosa vivencia del amor. José Agustín Goytisolo fue un epicúreo con más humor crítico que Horacio y un vitalista con experiencia poética de la realidad social. Su obra es el signo de una época.



Hay momentos en los que uno preferiría no servirse del lenguaje, sino del grito. Éste es uno de ellos. Tómense estas palabras como un desahogo personal. Tiempo y oportunidad habrá para intentar valorar la obra poética de José Agustín Goytisolo. Ahora, permítaseme recordar tan sólo al amigo que fue. Le conocí cuando yo contaba menos de veinte años y él acababa de publicar Salmos al viento. Luego las circunstancias de la vida nos llevaron a aventuras personales y literarias muy diversas. Nos reímos mucho juntos y en su casa o en la mía planificamos una buena parte de lo que habría de ser la colección de poesía Ocnos.

José Agustín era persona de una generosidad indudable, utópico recalcitrante, y de comportamientos no siempre ortodoxos. No creo que hubiera nada más importante para él que su poesía, salvo su familia. Vivió siempre con un drama auestas, la pérdida de su madre durante un bombardeo durante la Guerra Civil. Su primer libro de poemas trataba de su ausencia, pero a lo largo de su vida siempre le pesaría la responsabilidad de haber sido el mayor de una saga de escritores famosos (un caso excepcional en la Europa de hoy). Lo intentó superar con la ironía, pero la traicionaba siempre una sentimentalidad a flor de piel. Su obra, pese a los premios y los reconocimientos públicos, a la popularidad de alguno de sus poemas musicados con indudable éxito, no ha sido valorada en lo mucho que aporta. En la antigua casa de su suegro, el escritor que firmaba como Llorenç Sant Mar, en Reus, conocí a Blas de Otero. Su cuñado, el también escritor en lengua catalana Josep M<sup>a</sup> Carandell era compañero de curso en una despoblada Facultad de Filosofía y Letras. En ocasiones, el poeta venía, durante los años de la dictadura, a leernos unos poemas. Cuando fui Director del Departamento de Filología Española, hace algunos años, organizamos con Jordi Virallonga una semana de estudio de su obra, que, a su vez, era un Homenaje. Se trataba, entonces, del poeta. Hoy, se entiende, me faltan palabras por el amigo que acaba de finalizar su vida tan dramáticamente.